Elisa Alzaga Navarro

Huida sin destino

Huida sin destino
Elisa Alzaga Navarro

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17415-09-9

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2018 Elisa Alzaga Navarro
© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

Prólogo 9
1 *Desafío de Ismael.* 11
2 *Olorce y Piedad.* 21
3 ¡¡¡Fuera…*!!!* 27
4 *Algunos encuentros…* 35
5 Porque sólo había piedras 45
6 *De cómo Piedad da a luz y…* 55
7 Y lo llamaron "Los Olmos" 73
8 *Aventuras infantiles en El Pedregal.* 75
9 *La vida sigue en El Pedregal.* 87
10 *Olorce pierde la pista…* 93
11 *Un consuelo para los niños* 107
11 *Consecuencias…* 121
12 *Acechan peligros en "Los Olmos"* 133
13 *Un triste final. (Los Olmos)* 137
14 *Conflictos en "El Pedregal"* 149
15 *De la tristeza de Alonza. (Los Olmos).* 151
16 *Alegría en Los Olmos.* 157
17 *Y el sitio era bueno.* 169
18 *Como un rey mago. (Los Olmos).* 173
19 *Tristezas y futuro. (Los Olmos)* 177

20 Otras aventuras. (Los Olmos)..... 185
21 *En "Los Olmos"*..... *191*
22 *Conflictos en El Pedregal*..... *193*
23 *"El Pedregal" crece*..... *199*
24 *El censo "del de la Ensenada"*..... *209*
25 *Pesadillas de Ismael. (El Pedregal)*..... *221*
26 *Nadie queda impune*..... *227*
27 *Pasaban los años*..... *241*
28 *Rapto en Los olmos*..... *243*
29 *Alonza*..... *261*
30 *Encuentro fortuito*..... *267*
31 *La mala suerte*..... 279
32 ¿Suerte o amenaza?..... 285
33 *Dos mujeres y una niña. (Los Olmos)*..... *289*
34 ¿Habrá boda?..... 297
35 *Por fin*..... *303*
36 *Exitoso intento*..... *319*
37 ¡¡*Sorpresa!!*..... *329*
38 *Antonio y Alonza*..... *335*
39 *Dicho y hecho*..... *343*
40 *Encuentro*..... 355
41 *"Los Olmos" no se libran*..... 361
42 *Firme determinación*..... *373*
43 *Sigue la búsqueda*..... 383
44 *Uno más*..... *387*
Agradecimientos..... 403

Huida
sin destino

Prólogo

La novela está inspirada en el siglo dieciocho.

Algunos de los datos, lugares, personajes, nombres y fechas pertenecen a la historia real y están sacados de ella, otros, la mayoría, son consecuencia de dar paso a la imaginación e inventiva. Sucesos que ¿quien sabe?, pueden ser situados en alguno de aquellos días.

La aceptación de situaciones extremas debido a las fuertes cargas impuestas por los poderosos a la gente humilde, eran abrumadoras, y absoluta la sumisión como consecuencia del aplastamiento que suponían tales servidumbres, aceptado todo ello sin reservas a causa del desconocimiento por parte de los subordinados de la posibilidad de mejores vidas.

La novela refleja la lucha por subsistir, mientras el hambre y la desnudez, la ausencia de derechos, el sometimiento y la muerte son sombra y compañera de viaje para la inmensa mayoría de gente sencilla.

En la novela afloran amores, sentimientos, sufrimientos y miserias humanas.

La autora.

Personajes históricos, lugares y hechos reales.

Conde de Verada. Conde Castellano. (1. 720).

Felipe V de Borbón. 1683. Llamado "El Animoso". Regente en parte del tiempo en que transcurre esta historia.

Fernando VI. Cuarto hijo de Felipe V de Borbón, heredero del trono y continuador regente.

Inocencio XII (Papa). 1720.

Clemente XI, (Papa). 1721.

Conde de Utrera. Conde Castellano.

Censo de Campoflorído. Llevó a cabo otro censo que lleva su nombre en el año 1712).

El famosísimo Censo del Marqués de la Ensenada. Su nombre de pila es: Zenón de Soldevilla y Bengoechea. Quien llevó a cabo el famoso censo el Año 1753.

Censo de Floridablanca. (Año de 1887). Personaje que posteriormente censó los pueblos de España.

Felipe de Busiñac y Borbón. Año de 1680. Fue arquitecto, maestro albañil, escultor, cantero y maestro de fábricas de origen francés que desarrolló su trabajo en Aragón, España. En la basílica del Pilar de Zaragoza. De ascendencia francesa.

Arzobispo Diego del castillo. Donó sus bienes para que se construyera el: Hospital de Convalecientes. Zaragoza. S.XVII. Barroco.

Peste Negra de Marsella: (Año 1.720). Murieron de 30 a 40.000 personas por contagio.

La Gran redada o persecución de los gitanos. Instigada por el Marqués de la Ensenada. (Año 1.749) Más de 9.000 gitanos fueron encarcelados, sumados a otros 3000 detenidos.

1
Desafío de Ismael.

Allá por el año 1.716: El Conde de Verada, personaje influyente y adinerado de la vieja Castilla, administraba una numerosa cuadrilla de albañiles, canteros, picapedreros, cortadores, carpinteros, carreteros, tracistas y otros profesionales del gremio, los cuales cumplían el encargo de construir un torreón dotado de almenas de vigilancia sobre una puerta grande de treinta y seis pies de alta por seis varas castellanas de ancho, por las que pudieran entrar carruajes tirados por caballos, carros de bueyes o soldados montados en su rocín. La obra estaba situada en el Alto del Portón. El deseo de este noble era ver terminada la primera puerta-torre en breve tiempo, para, acto seguido, y con las mismas trazas y condiciones, construir otras tres y, unidas las cuatro tener entradas a su señorío desde los cuatro puntos cardinales, fortalecidas con otras torres menores, dotadas con puertas más pequeñas, que facilitaran el paso sólo a viandantes. Más tarde, una vez levantadas todas las torres, uniría unas con otras por medio de una gran muralla de ocho pies de alta, quedando con ello cercados y bien definidos sus extensos dominios, formados por un palacete rodeado de caballerizas, viviendas humildes para la servidumbre y los lacayos, a lo que rodeaban valles y ribazos, lugares, aldeas y terrenos de sembradío.

Dado el elevado número de obreros que se podía permitir, y, para su total satisfacción, los trabajos recién iniciados, avanzaban con rapidez.

Este conde, al igual que la mayoría de los poderosos hombres del siglo XVIII, era muy aficionado a la caza y a las correrías a caballo, aficiones a las que dedicaba gran parte de su tiempo, siempre que no estuviera enzarzado en pequeñas batallitas en las que tomaba parte para dar brillantez a su título de gentilhombre, costumbre muy arraigada entre los nobles. También contaba con un buen número de caballeros que siempre y por interés tenía a disposición del Rey Felipe V de Borbón, quien en ese momento ostentaba la corona. El cual, en agradecimiento a los servicios prestados, pagaba con creces dichos favores, al igual que a otros nobles, por lo que las arcas del hidalgo, siempre estaban bien nutridas de oro, joyas y maravedíes.

Un día, estando el Conde de caza, pasó por casualidad por la construcción del palacio de Utrera, sita en la Nava del Soto, construcción que financiaba un primo suyo, el Conde de Utrera. La obra estaba ya por su mitad, avanzando con tintes de un barroco pleno. Novísimo estilo que entraba con fuerza en la región ocupando un amplio espacio artístico. Hasta ese momento, y desde el siglo XV había imperado un renacimiento regio y clasicista en la mayoría de los edificios ilustres o religiosos, y el nuevo estilo llegaba en una transitoria evolución con claro rechazo a la anterior línea, considerada en el momento por los innovadores excesivamente recta y simplicista, mostrando con el nuevo estilo la inquietud por lo complejo, infinito y teatral. El nuevo diseño, imponía el uso de la línea curva con el objetivo de dar sensación de movimiento y profundidad a sus relieves.

El Conde de Verada, quedó gratamente impresionado admirando por primera vez aquellas trazas hasta ese momento desconocidas para él. Inmediatamente tomó una determinación: quiso para su incipiente construcción el nuevo estilo con su novedosa fantasía y lo imaginó hermoso, plasmado en sus cuatro espléndidas torres.

Conmocionado por la sugestiva imagen el Conde volvió al Alto del Portón, donde se iniciaba su obra continuista. Una vez allí, plantado en medio del innumerable enjambre de operarios, con el vivo recuerdo de lo que había visto en la Nava del Soto, instó al maestro de cuadrilla a que cambiara de estilo y destruyera las trazas ya iniciadas, que él mismo había aceptado antes de firmar el contrato.

El sentido de poderío para el Conde y para la mayoría de potentados, abarcaba conseguir todo lo que se ponía a su alcance, quedando de esta forma patente su preeminencia. Mansiones y castillos, torres y tierras constituían garantía de poder, fortuna y fortaleza para los nobles, junto con el mayor número posible de caballeros y servidumbre, estos últimos obligados a vivir como verdaderos esclavos.

El Conde de Verada, era de notable estatura, hombre fornido, ojos color avellana, mirada profunda y muy expresiva y cabello también de color oscuro salpicado de algunas canas. Su aspecto mostraba una decisión irrevocable.

— Derribad ese plagio. —Gritó— Hay demasiadas construcciones semejantes por estas tierras y la que estáis iniciando sólo es una copia más.

Al oír aquellas palabras, la cara de Ismael, así se llamaba el maestro de obra a quieres iban dirigidos los reproches y se encontraba cerca, ya en edad madura, acostumbrado al elogio y la complacencia de sus mecenas satisfechos por sus trazas retoricas, se retorció en una mueca y bajó la cabeza, sin entender, mostrando su contrariedad. Volvió a escuchar:

— ¡No quiero otra torre semejante a todas las construcciones que hay por aquí! —Y con gesto decidido y mirada inquisidora barrió la zona en busca del maestro, a quien aún no había identificado entre la multitud de operarios. A voz en grito continuó anunciando con determinación:

— ¡Quiero algo diferente, impresionante, grandioso! Algo nuevo, que vaya con los tiempos.

Mientras vociferaba descompuesto, pasaba los dedos por su cabeza, dejando marcados en su cabello, profundos surcos. El

maestro, lejos de amilanarse, vino presto hacia el Conde. Con la cabeza levantada, sorteaba la chusma de obreros que se arremolinaba cerca del noble. Sabía que en su estilo él era el mejor en muchas millas, dominante en todo el territorio de las Españas. Por otro lado, tenía confirmado el beneplácito del Conde, ya que anteriormente le había diseñado y construido un palacete de verano y una mansión para cazadores en uno de sus montes, por ello le sorprendían más aquellas contradictorias proclamas.

— ¿Es que no ves que esto resulta anticuado? Acercaos y mirad, maestro. —Y el Conde, algo más pausado como consecuencia de la expectación que sus voces habían despertado en la multitud de empleados, bajó de su caballo con un salto ágil y rodilla en tierra, alisó el suelo con su mano enguantada y empezó a hacer trazos con su fusta, intentando explicar e imitar las hojas de acanto, curvas y contra curvas de aquello que había visto, en la novedosa obra de su primo. Ismael no entendía nada, ajeno a aquél galimatías. Por otra parte, el Conde no era muy diestro dibujando, y aquellas columnas retorcidas, hojas de parra y zarcillos que el conde quería plasmar, a Ismael sólo le parecían garabatos sin sentido. El maestro seguía los movimientos que trazaba la mano del Conde y lo observaba con mirada perpleja. Este, contrariado por el silencio del perito, bramó:

— ¡¡Montad el caballo!! ¡¡Ya!! —Y, al ver que Ismael se daba la vuelta en dirección a la empalizada, donde los caballos de todos los trabajadores estaban a salvo y podían pacer tranquilamente durante las horas de trabajo de sus dueños, el Conde ordenó señalando con un gesto.

— ¡¡Ahí!! Olvidad vuestro caballo y subid con él.

E hizo que Ismael subiera sobre la montura de uno de sus caballeros, y al punto partieron a galope hacia la construcción de su primo, para que el aturdido maestro viera con sus propios ojos las trazas de la nueva obra. El grupo levantaba una gran nube de polvo.

Ya frente al palacio de Utrera que llegaba a la mitad de la segunda planta, el Conde, sin bajar del caballo, vociferó ante la expectación del hormiguero de oficiales, canteros, tallistas, porteadores y peones que trabajaban la argamasa y pululaban con sus

carretas cargadas de piedras, de paja y barro, alrededor de las abigarradas paredes.

— Esto es lo que quiero. ¡Mirad y copiad, Ismael! Quiero más dibujo, más formas, más fantasía. Algo que alegre la vista como esto.

Ismael, después de bajarse del caballo con un salto ágil pese a su edad, dio varios paseos frente a la novedosa fachada. Despacio, pensativo, observador, dubitativo, meditó, pero su determinación no se alteró ni un ápice. El maestro albañil, estaba seguro de lo que hacía y lo que estaba viendo no le convencía en absoluto, persuadido de que lo suyo era mejor, más regio, más distinguido, más solemne.

— Señor, quienes hacen estas cosas no tienen ni idea de lo que siempre ha sido y será noble y señorial, —y se atrevió a añadir con mucha dignidad—. Esto no está mal para quien le guste, es novedoso y no discuto su modernidad, pero no es de mi agrado, me resulta recargado, farragoso y abigarrado. No hay líneas, no hay proporcionalidad, ni espacios limpios. Esto no es serio, Señor.

No era normal ver discutir al poderoso conde con un súbdito, de manera que todo aquél gentío escuchaba a los dos con verdadera extrañeza, mientras ralentizaban sus labores, trabajando a bajo ritmo, sin que nadie les arreara, porque los encargados de azuzar también estaban absortos en la singular discusión. Entonces, el conde, indignado por la intervención del maestro, que consideró subversiva, añadió:

— No he pedido vuestra opinión. Yo exijo porque pago. Esto es lo que quiero y vos sólo tenéis que obedecer. Esto es noble, regio y hermoso. Es más rico que lo que vos hacéis y tiene cuantioso ornato; rico en motivos y formas. ¿Cómo os atrevéis a decir que esto es farragoso si es el primer edificio que ves con estas trazas? No sabéis lo que decís. —Y a cada palabra levantaba más y más la voz. —El que pago soy yo y lo quiero así. Vuestro estilo despierta hartazgo y aburre. Lo vuestro sólo es copiar. Además resulta pobre y soso y ya es tiempo de cambiar. Copiad de los maestros modernos. Los tiempos evolucionan y yo vivo con los tiempos.

— No, señor. —Se atrevió a decir Ismael, pero esta vez en voz casi inaudible, como si hablara para el cuello de su faldón, con-

vencido de que, si el Conde le oía, aumentaría aún más su cólera—. Nunca haré yo tan enrevesado diseño. No va con la noble escuela que aprendí de mi padre, este de mi abuelo y el de su padre, hasta la sexta generación de mis antepasados, todos ellos maestros singulares y bien conocidos. Señor, esa escuela es la que conozco; por aprenderla mejor, he viajado por la Francia y hasta la Italia, a estas trazas soy fiel y no cambiaré.

El Conde de Verada conteniendo la ira daba vueltas con su caballo encabritado, del que no se había apeado, amenazando atropellar a Ismael que permanecía de pie, con gesto obcecado y convicción segura, teniendo que esquivar de vez en cuando las bravías patas del animal, que con movimientos rápidos y ágiles parecían arrollarle sin que su dueño, en su furia, hiciera nada por evitarlo.

Miró Ismael a toda aquella gente que con extrañeza les observaba y, sin más, saltó sobre el mismo caballo que le había traído y lo espoleó con furia en los ijares, sorprendiendo al caballero que permanecía a lomos del animal. El mismo Ismael, dijo, sin esperar a que el jinete reaccionara.

— Llevadme al Alto del Portón. A mi obra. —Y al decirlo, azuzó con sus botas al rocín que se puso en marcha con furia piafando con estruendo, dejando pasmado al caballero que casi cae al suelo a causa de la sorpresa.

El Conde, al observar lo que entendió como insolente soberbia e imperdonable desaire, arremetió dos latigazos contra su rocín que salió detrás del albañil como un huracán, levantando gran polvareda, mientras lanzaba improperios contra todo lo que se movía y existía. Detrás le siguieron los mismos caballeros que habían venido con él y que siempre le acompañaban ofreciéndole amistad y escolta. No habían galopado doscientos metros cuando vio venir a lo lejos a su primo, el Conde de Utrera, dueño y señor de la deslumbrante nueva obra, acompañado también, como de costumbre, por un grupo de gentilhombres. Lo normal era que al encontrarse, los dos grupos se hubieran parado, o al menos se hubieran saludado con un gesto de banderín, mostrando que la prisa les impedía los formalismos, pero era tal la furia del de Verada que ni se detuvo, ni hizo ninguno de los rituales

ante la sorpresa de su primo, que se le quedó mirando atónito, sin entender la descortesía.

Con este talante violento regresaba el Conde a su obra. De vez en cuando lanzaba algún improperio como desahogo a la vez que daba latigazos con la fusta a su noble animal.

Cuando el de Utrera, llegó a la Nava del Soto, encontró el ambiente extraño y ralentizado el trabajo, hablando los trabajadores en numerosos corrillos, los animales que tiraban de los carros descansando relajados y el ambiente desordenado. Preguntó sorprendido qué pasaba y le contaron lo ocurrido.

— Vuestro primo, señoría, el Conde de Verada, deslumbrado por la grandiosidad de la obra de mi señor, exige al maestro de la suya que cambie de estilo y que imite vuestra torre.

El Conde de Utrera se sintió alagado consciente de la rivalidad que existía entre ellos. Estalló con una sonora carcajada mostrando así su satisfacción, pero al observar la lentitud de su gente, al instante urgió que todo aquello recobrara las prisas.

Las propiedades distaban algunas millas de la una a la otra. Los dos Condes, el de Verada y el de Utrera eran primos, el padre del primero y la madre del segundo hermanos y sus haciendas cercanas, lo que generaba entre ellos una porfía solapada y morbosa que les hacía observarse constantemente, alimentado su espíritu por una franca rivalidad, de modo que cuando el uno iniciaba una ampliación en el castillo, el otro lo hacía en su palacio con más ponderación y cuando el otro compraba tierras, hacía alguna cuantiosa donación a la iglesia o se constituía mecenas de alguna obra importante, el otro no se quedaba atrás intentando superarlo. Los dos eran conscientes de dicha rivalidad familiar y los dos respondían de igual manera a los impulsos llevados por la inercia que provocaba la envidia. Cuando el de Verada inició una ermita en honor a Santa Gumersinda en el valle de Arroyo Seco, el Conde de Utrera, empleó todo el artificio y muchos caudales e hizo construir una iglesia grande y bien dotada cerca de su castillo, con la intención de que, contando con todas las

influencias necesarias en poco tiempo fuera declarada basílica o incluso catedral. Cosa que nunca ocurrió, ya que, tanto el arzobispo castellano como el Papa Inocencio XII, ya en el final de sus días, no atendieron sus deseos. Después, en 1721, el Conde no quiso volver a rogar al sucesor, Clemente XI. Para entonces ya se le había pasado la fiebre de que su iglesia luciera el titulo de basílica y además se había acostumbrado al Beneficiado que la dirigía, D. Carlos del Amo Cantero, quien, por cierto supo dar la suficiente importancia al templo de modo que en ese caso su rivalidad había quedado satisfecha.

Ismael ya en el Alto del Portón, seguro de sí mismo admiró su torre. La examinó en todos sus aspectos y perspectivas y la halló perfecta sintiéndose orgulloso de su obra. Ya en sus inicios tenía tintes magistrales de buena fábrica, y el maestro viendo que en su profesión era bueno, sintió orgullo ante aquellas piedras sillares, bien talladas y en perfecto acoplamiento, acariciando satisfecho con su mirada la soberbia obra.

El Conde de Verada llegaba detrás, dejando tras de sí una nube de polvo. Una vez allí, rondaba furioso al albañil e iba de un lado a otro de la obra, sin bajar de su caballo.

— ¿Acaso no veis vuestras repetidas y cansinas trazas?

— Señor, —dijo Ismael, sin saber si el Conde le iba a escuchar, pero levantando la cabeza con alguna presunción—. Mi modo es digno y, buenas mis trazas. Un buen estilo ni cansa, ni envejece con el tiempo, al contrario, cada luna que pasa le suma nobleza y reciedumbre. Además, esta torre va a ser la perfecta conjugación de la verticalidad y la horizontalidad en su mejor combinación, en ella conseguiré la deseada proporcionalidad. No voy a cambiar señor, porque sería una felonía a mi tradición y escuela de la que estoy muy orgulloso. Estas trazas son perfectas. Jamás voy a traicionar mis convicciones ni las de mis antecesores.

Olorce, hombre bueno, seguidor y admirador de su maestro, era el único de la cuadrilla que permanecía muy cerca de Ismael. Era su segundo en el mando y le tenía ley, los demás hombres de la cuadrilla, se habían apartado y permanecían a prudente distancia por temor al conde.

Al comprobar que éste le rodeaba muy cerca rezumando furia y brutalidad incontroladas, Ismael añadió.

— Porque no estoy dispuesto a cambiar, me voy, señor. Las trazas me las llevo conmigo, sé que son buenas, el maestro que vos contratéis podría utilizarlas y no sería justo porque se aprovecharía de mis diseños y medidas.

Todo esto lo dijo sin atreverse a mirar a su jefe que seguía verdaderamente furioso dando vueltas a su alrededor, sobre su hermoso jamelgo, y con peligro de atropellarle. Sin más, Ismael, con ayuda de Olorce a quien, en este momento se sumaron Tomás y otros de sus fieles subalternos, empezaron a recoger las planchas de arena prensada que mostraban con rasgos y relieves los dibujos a transferir, tablas que contenían líneas, diseños y cotas. Todo ello estaba colocado junto a un muro con ancho tejar, con el fin de que estuviera protegido del viento o la lluvia. Se utilizaban estos medios porque el papel prensado era escaso y solo se prodigaba en las imprentas. No estaba al alcance de Ismael, que escasamente lo utilizaba para hacer a escala detalles y planos en miniatura a la hora de presentar el proyecto. Después lo repetía en planchas de arena, tablas o losas, y que los diseños estuvieran al alcance de sus empleados.

Las venas de la frente del Conde engordaron y enrojecieron hasta casi reventar. El jamelgo daba saltos sin saber que hacer ante el furor del amo con peligro de arrollar a cualquiera de los empleados que se iban arremolinando cerca.

La ira del Conde iba en aumento. Fuera de sí, gritó a voz en cuello:

— ¡Guardias a mí! ¡Echad a este hombre fuera de mis tierras, lejos de mi alcance! No quiero ver jamás en los confines de mi feudo, ni a él, ni a ninguno de su cuadrilla. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Fuera de aquí! ¡No tengáis contemplaciones con ninguno de ellos! Que se mueran de hambre, todos. A mí se me respeta. Se me obedece. Soy su señor y soy el que pago con los dineros de mis arcas.

Y siguió con una retahíla de órdenes terribles, de palabras que eran dardos envenenados en contra de la cuadrilla de albañiles.

Ismael sin osar que el Conde le pagara lo que le debía de la última semana que ya iba por la mitad, era una mañana de jueves y el cobro era semanal, soltó la plancha que tenía en la mano escapando con rapidez a las sacudidas alocadas del rocín espoleado por el noble y a los látigos que, en un instante salieron al aire haciéndose visibles, mientras miraba apenado cómo volaba sin rumbo cada grano de arena. La plancha bien prensada, hasta ese momento compacta y con nítidos y delicados dibujos se desintegró en una parva de miles de granos finos y minúsculos, imposibles ya de juntar.

Tanto Ismael como Olorce, Custodio y los otros hombres de la cuadrilla, olvidaron sus tablas, planos y dibujos y desaparecieron como el humo bajo la lluvia huyendo de la furia del hidalgo y de los látigos que rompían frenéticos el aire.

Todos sabían que tenían que evaporarse, desaparecer. El Conde no perdonaría lo que había considerado una afrenta personal y grave por parte de Ismael.

2
Olorce y Piedad.

Olorce, preocupado por el avanzado estado de gestación de su esposa Piedad, se propuso, no salir de la ciudad hasta que ella diera a luz a la criatura que llevaba en el vientre. ¿Y si la ocurriese algo? Tenia que evitar cualquier desgracia. Eran tantas las mujeres que morían al parir… No podía consentir que quedaran huérfanos sus hijos pequeños, ni quedar viudo el, ahora, en una situación tan precaria.

— Ismael. Yo voy a intentar volver al condado. No puedo consentir que Piedad pierda la criatura por huir en su estado a través de los caminos. No te parezca mal que me separe de vosotros. Me veo obligado. Mis hijos necesitan a su madre.

— Haz lo que te parezca mejor. Es una decisión que debéis tomar cada uno. Que Dios te de suerte. —Y no hablaron más por causa de la premura.

Ismael, en su interior, compadecía a Olorce. "Veremos a ver qué se encuentra cuando vuelva al condado. Los alguaciles del Conde son inmisericordes, no se compadecerán de la pobre Piedad ni de sus hijos". Y enseguida lo vio cambiar de camino y seguir la dirección que llevaba al condado corriendo todo lo que le permitían sus piernas. El hombre quería llegar antes de que la sentencia del Conde fuera efectiva dentro de la muralla para que su esposa no hubiera sido aún expulsada.

Con muchos rodeos y dificultades para que nadie lo viera entrar de nuevo en la ciudad, Olorce caminaba escondiéndose, encogido y mirando al suelo. No se sentía seguro, pues la conversación general que llegaba a sus oídos no iba de otra cosa que de la salvaje decisión que había protagonizado el Conde y la inmediata estampida de la cuadrilla de albañiles. Ante tales advertencias, Olorce se refugió en un rincón y, a falta de mantilla, se puso en la cabeza un pañuelo de cuadros oscuros que llevaba siempre al cuello y se ató a la cintura la fina manta de rayas que siempre, llevaban doblada al hombro para usarla como abrigo en caso de necesidad, también encorvó su espalda de modo que su rostro quedaba oculto por la inclinación además de cubierto por el pañuelo. Todo, con intención de parecer un viejo anciano de muchos años y que nadie le conociera. Así disfrazado, entró en el condado por la puerta de los judíos que era la más transitada, para pasar desapercibido entre los transeúntes. Sentía pánico pero, tenía que arriesgarse, era una exigencia estar junto a su esposa cuanto antes.

Una vez dentro de las murallas, se colocó en una plaza de mercado cercana a su vivienda, amparado por los soportales, desde donde podía ver la puerta de su casa. Aún los guardias no habían expulsado a ninguna familia de las que vivían por aquel barrio o al menos Olorce nada vio, pero seguía escuchando numerosos comentarios que hacían referencia al hecho. No se atrevía a llegar y entrar a su casa dada la cercanía de guardias y gentío. Era la hora de recogida, la tarde tendía oscuros velos, los serenos empezaban a encender algunos faroles en las calles más importantes y aprovechando el alboroto consiguió pasar inadvertido y con sigilo fue aproximándose a su hogar, pero, ya muy cerca, se escondió en un rincón prudentemente, observando que el postigo estaba abierto de par en par, y la casa parecía abandonada. Habían pasado solo unas horas desde que el Conde echara a los trabajadores de la obra, por ello, todo indicaba que, Piedad, informada de los hechos, se había ido sin esperar a la furia de los guardias. No se había movido de su escondite cuando le llegaron voces de los gendarmes echando a otras familias, entonces vio

cómo un guardia se asomó al portal de su casa, entró y vociferó, otro se quedó a la puerta. El que había entrado salió y enseguida entraron los dos, después de unos minutos volvieron a salir y se fueron. "Pero, Piedad no puede viajar por los caminos en su estado. Se habrá refugiado en casa de alguna vecina. Por la puerta no ha salido. Seguro que alguien la ha ayudado a esconderse" —Se consolaba Olorce. Y siguió esperando.

Ya cuando la noche convirtió todo en sombras, Olorce aprovechó el mejor momento en que la calle estaba desierta y se deslizó por la callejuela que le separaba de su casa y entró esquivando el farolillo del sereno, que no estaba lejos y vigilaba, dispuesto a detener a todo aquél que en soledad vagabundeara en la noche. Cuando estuvo dentro encontró todas las puertas del interior también abiertas. Solamente "Recio", el gato pardo, que se ocupaba y alimentaba de los ratones descuidados que se paseaban por la casa, entraba y salía a sus anchas, se colocaba en el poyo de la pequeña ventana y fijaba sus ojos felinos en cualquier movimiento a la espera de un ratón, ajeno a los problemas de los amos. Nada más apuntaba que en la casa hubiera vida.

Piedad, aquella tarde, estaba en la plaza del mercado cuando comentarios y conversaciones hicieron que le llegara la noticia de lo ocurrido en el Alto del Portón. Preocupada, una vez confirmado lo ocurrido, temerosa, porque su esposo era uno de los hombres más cercanos a Ismael y como consecuencia, ella y los niños también serían despachados de allí; con astucia, desordenó los cuatro trastos que tenía, dejó algunas ropas tiradas en el portal y el postigo y la puerta abiertos para que todo pareciera abandonado, así los guardias, cuando llegaran para expulsarla, pudieran creer que ya otros gendarmes les habían echado, sin sospechar que ella y sus hijos estaban dentro. En su estado, ella no estaba en condiciones de escapar huyendo.

Algo percibió que le puso sobre aviso, ya dentro del portal llamó a su esposa con voz muy queda. No recibió respuesta y dedujo que habían sido expulsados de la casa antes de llegar el, pero

esta posibilidad era difícil de creer; él lo hizo caminando muy deprisa, nada más ocurrir los hechos y difícilmente los guardias, habían podido adelantarse, claro que, él había venido caminando y los gendarmes los habían a caballo. Sin embargo estaba seguro de no haberlos visto salir de la casa en todo el tiempo que había estado vigilando ni se los había encontrado en el camino. ¿Por dónde habían escapado en el estado que estaba Piedad? o ¿dónde se habían metido? Miró a su rededor buscando la respuesta. Quizá alguna vecina compasiva… No era probable que alguien comprometiera su seguridad por ayudar a una mujer con cinco hijos y otro en camino. Estaba ocupado en estos pensamientos cuando le llegó un ruido del interior, "Recio" el gato de la familia dio un salto colocándose delante de él.

— Eras tú. Me habías asustado. Más vale que estuvieras cazando ratones, que algún día te van a comer ellos a ti. —Susurró al animal por miedo a que alguien lo oyera. Entró en la cuadra y se puso a orinar. "Piedad se ha ido como las demás". Pensaba. "Hubiera sido mejor no separarme de Ismael y los otros. Todas las mujeres estarán juntas y ella también. Me hubiera sido más fácil encontrar a mi familia si me hubiera quedado con la cuadrilla" Cuando terminó, salió al portal sin encender el candil para que le viera y menos aún el sereno que andaba por calles y callejas tan silencioso y precavido como "Recio" cuando andaba detrás de su presa. Estando aún en el portal, pesaroso y observando la calle desde el fondo para no ser visto, se volvió para entrar en la cocina y comer algo, si lo había. No había comido desde la mañana y sentía hambre, entonces oyó un:

— Chiiiiisssss —suave que venía de dentro—. Olorce, no hagas ruido. Estamos aquí.

Detrás de la voz salió de las sombras su esposa, la seguía Alonza, la mayor de los que quedaban en casa y con ella los tres pequeños. La alcoba estaba en tinieblas, no habían retirado las pieles de las pequeñas ventanas ni encendido candil o velas, para no crear sospechas. Seguro que el sereno estaba advertido, y todos irían a parar al calabozo por desobediencia a la autoridad.

Alonza tenía casi diez años, y al siguiente le faltaban algunos meses para cumplir los nueve. Tenían otros dos hijos mayores emancipados, con doce y trece que ya pastoreaban ovejas en los campos a los que no veían desde que se fueron de casa.

Piedad y los cinco niños pequeños, habían estado escondidos dentro de una alcoba oscura y sin ventana, donde aparentemente no había otra cosa que trastos al fondo de la casa. La madre y los niños se habían disimulado entre todo el trasterío para que si entraban y miraban los guardias, como de hecho hicieron, no les vieran.

Piedad estaba a punto de dar a luz y ni se propuso escapar con las demás mujeres, conocedora de la imposibilidad para seguirlas. Los guardias del Conde habían entrado en el portal.

— Esta casa es pobre. Aquí no han dejado nada que nos pueda servir. Malditos miserables…

Había dicho uno de los guardias al marchar, ignorando que bajo los viejos jergones de paja para dormir amontonados de mala manera en un rincón, Piedad había escondido los alimentos que poseían, los cuatro cacharros y las escasas ropas. Antes de esconderse, habían atado la cabra y el cerdo en un rincón, en el corral, cosa que los soldados no supieron, pues la casa, en la parte de atrás tenía un pequeño corral y lo pasaron por alto. Piedad había mantenido en silencio a los niños con gestos de peligro y los pequeños, obedientes, no habían respirado mientras los guardias husmeaban los rincones, ahora dormían.

Encontraron todas las puertas abiertas de par en par, llamaron y trastearon y al no ver a nadie, pensaron que en aquella casa ya habían sido expulsados por otros gendarmes y se limitaron a husmear un poco, comieron lo que encontraron y se marcharon. Tenían que recorrer muchas otras viviendas para echar a sus moradores.

Olorce se alegró por su acierto. Los dos habían coincidido en la decisión de no escapar, la intuición de matrimonio bien avenido, había funcionado.

— Está bien, pero en unos días no hagáis ruidos ni os dejéis ver. A partir de pasado mañana, yo intentaré conseguir comida y después un trabajo donde nadie me conozca. Me disfrazaré hasta que resulte irreconocible. Y tú no deberás salir de casa. Tanto el

día como la noche son traicioneros. El sereno es tan peligroso como los guardias del Conde y estará bien advertido. Cuando pasen muchas lunas, te pondrás un trapo en la cabeza que te cubra la cara y la saya más andada que hayas dejado para el trapero, bastarán para que nadie te reconozca. Nos iremos a vivir al Barrio Viejo en cuanto encuentre una casa donde meternos. Nuestros compañeros estarán lejos y no podemos pensar en encontrarlos después de tu alumbramiento, porque cuando te repongas habrán pasado algunos días y quien sabe donde estarán. No han descubierto los animales… Pasados unos días, como niños hay muchos por la calle, nadie reparará en ellos.

Efectivamente, a los pocos días, Olorce se disfrazó convenientemente y se fue a la cantera del Conde a pedir trabajo. Como siempre había estado en la construcción, nadie le identificó en la mina y dada su fuerte complexión física consiguió inmediatamente trabajo como picador. No quiso aspirar a mejor oficio. Tenía un buen pico y tener herramienta era el mejor aval para conseguir trabajo. Un puñado de siervos trabajaban con sus familias en las canteras que proveían de piedra a las obras del conde.

3
¡¡¡Fuera…!!!

Ese mismo día, pasado justo el tiempo de dar el conde las órdenes precisas a sus guardias, se dieron situaciones como:

— Por orden del Señor Conde. Todos los que formabais la cuadrilla de Ismael, estáis obligados con vuestras familias a abandonar el condado en este mismo momento.

Pregonaban los guardias delante de cada una de las casas donde habitaban familias pertenecientes a la numerosa cuadrilla. Los contables habían informado a los esbirros, de quienes formaban parte del grupo de Ismael y quienes eran los que estaban más unidos a él por lo que se dirigían sin dilación a las viviendas indicadas.

El Cercado de Tebico distaba varias millas del condado y los hombres no habían tenido tiempo de llegar a sus casas, pues otra de las decisiones del Conde fue apropiarse de los caballos propiedad de los albañiles, y que estos se quedaran en las empalizadas, así los obreros hubieron de volver caminando. Terrible decisión para ellos ya acostumbrados a movilizarse a lomos de los jamelgos después de duras jornadas.

— Mi marido vendrá a recogernos. Nos iremos cuando el regrese.

Respondió una de las esposas más osadas. Era Bibiana, esposa de Jonás el picador, que aunque no entendía nada de lo que ocu-

rría, conocía bien el estilo dictatorial de los sayones del Conde. No era normal discutir una orden de un sicario del Señor y menos aún, hacerlo una mujer. Por eso aquél zarandeó su fusta en el aire con intención de azotar a la mujer. Ella se metió dentro de la casa con la rapidez de un gato escaldado, zafándose del latigazo. Desde dentro, la mujer oía las palabrotas, exigencias y amenazas de él, que estuvo apostado frente a la puerta sin bajarse del caballo hasta que la vio salir cabizbaja, obedeciendo al fin, dispuesta a abandonar su humilde morada con tres chiquillos de corta edad tirando de su saya, y otra criatura que aún no caminaba apoyada en su cadera. El hombre la fustigó con el látigo ladinamente. Los tres niños callaban, uno de ellos recibió parte de la desagradable caricia a la que respondió con gritos desconsolados. La madre los tapaba con el delantal para protegerlos de la furia del gendarme, mientras corrían hacia la calle con dificultad, sin otra cosa que sus manitas vacías y la angustiosa impotencia de Bibiana.

Otra, más astuta, rogaba con exagerada humildad con los ojos fijos en el suelo, sabiendo que por esta vía conseguiría mejores resultados. Sabía bien de la inclemencia de los esbirros cuando contaban con la aprobación del noble.

— Tened piedad señor. Esperad que vengan nuestros maridos a recogernos a nosotras y a nuestros niños. Vendrán en cuanto puedan. No tenemos donde guarecernos, las noches son frías y los infantes pequeños. Tened compasión, os lo pido por favor.

Y juntaba sus manos, en actitud sumisa.

— Tenéis hasta la caída del sol. Si al atardecer no habéis dejado el condado, mi Señor os mandará azotar y os encerrará en los calabozos del castillo. El Conde está muy airado con Ismael porque se ha atrevido a discutir sus órdenes y no tendrá compasión ni de él, ni de ninguno de vuestros maridos, tampoco de vosotras ni vuestros hijos. Bastante paciencia ha tenido que no os ha encerrado a todos en las mazmorras para dejaros morir de hambre.

Explicó el guardia, algo más comprensivo, o quizás conmovido por la humilde actitud de ella y las caritas menudas de dos pequeños que aparecían detrás de sus faldas.

— ¡Fuera! El Conde os echa de aquí. Apresuraos a marchar junto a los carromatos de los gitanos. Fuera de aquí. Id con ellos.

Dijo otro, en alguna calle de la ciudad teniendo en cuenta que en ese mismo momento, los gitanos estaban huyendo o escondiéndose en los montes porque no eran bien mirados por el Soberano que más tarde decidiría perseguirles con el fin de extinguir la casta gitana de su reino.

— No sabemos donde han ido nuestros hombres. ¿Dónde vamos a buscarlos? Sabemos que el Conde les ha echado del Alto del Portón, pero hay muchos caminos e ignoramos por cual de ellos transitan.

Arguyó Reme. Mujer hermosa y joven, con dos niños de la mano.

— Eso a nosotros no nos importa. El Conde es bueno que os deja escapar. No le hagáis perder la paciencia y le obliguéis a encerraros en sus calabozos y morir. Pero ¿Para qué os quiere allí? Ja, ja, ja. Sumáis muchas bocas para comer y vuestras manos son débiles para trabajar. No sois sino un estorbo. ¡¡Fuera!!

Y acostumbrado a negociar sacando pellizco de todo, con mirada depravada y rebosando lascivia, dijo a la mujer:

— Bueno, bueno. Esa cabra me vendría bien a mí. Podemos hacer un arreglo. La cabra y algún favor…y tú, tu marido y esos dos rapaces… os podríais quedar discretamente sin que el Conde se metiera con vosotros. De eso me encargaría yo.

—No. No. No. Ya nos vamos. Nos vamos ahora mismo. —Arguyó Remedios atropelladamente, sabiendo de la esclavitud y las consiguientes humillaciones que sufrirían ella y su marido como consecuencia de un acuerdo tan rastrero. Sujetó bien al chiquitín que tenía en el regazo, lo colocó bajo el brazo apoyando la mano en la cadera para sujetarlo y cogió la cuerda que ataba la cabra a un barrote de la pequeña ventana, después agarró con la misma mano al otro pequeño que asustado se había colocado detrás de ella. Así empezó a andar por la calle, dirigiéndose deprisa a la puerta del condado, pisándose las sayas con torpeza, por culpa de la turbación.

El guardia se echó a reír a carcajadas al ver la sumisión de la bella y humilde mujer, marchando al trote sin mirar atrás en busca de otras familias que proscribir.

Remedios era sagaz como una leona, mirando de reojo disimuló seguir camino un poco más, pero en cuanto el hombre hubo desaparecido dio la vuelta a la esquina y se volvió a recoger sus pocas pertenencias. Metió en una talega todo lo que encontró a mano y la colocó en el lomo de la cabra y encima puso atados los cuatro trastos de más necesidad. Después hizo varios atadillos con pucheros en los que metió todo lo que cabía dentro. Guardó en un talego pan, restos de un queso, salazones y otros menesteres que puestos en atadillos colgados de un palo, se lo echó a la espalda y empezó a andar con el niño mayor agarrado a sus sayas y el chiquitín en su regazo atado con el mantón, para andar más ligera.

Ya por el camino real, traspasadas las puertas del condado, oyó voces y escuchó con atención. Era el mismo guardia y otros, que como él, en el otro lado echaban también de su casa a otras familias.

Pero si se alejaba, nunca encontraría a las otras mujeres ni a s esposo y esperó un rato escondida detrás de unos matorrales con buen cuidado de que ni la cabra ni los niños se hicieran notar.

Los pequeños no lo entendían y preguntaba el mayorcito con su lengua de trapo y mirada infantil:

— ¿Ande amos, made?

— A encontrarnos con tu padre, hijo.

— ¿Ónde?, ¿Ande no epera pade?

— Nos encontraremos con él enseguida.

Los niños seguían haciendo preguntas. Nunca habían salido de los alrededores de la casa donde vivían porque eran muy pequeños y haberse alejado tanto de la vivienda y haber salido por la puerta sur de la ciudad suponía para su corta experiencia, una gran aventura con la novedad de llevar a cuestas lo poco que poseían. Ignoraban que caminaban hacia ninguna parte, expulsados de la ciudad. Ellos no lo entendían.

Reme callaba y dejaba que los niños soñaran con otras ciudades que ellos imaginaban mágicas, con hadas buenas, manteca abundante y pan blanco. La amargura ahogaba la voz de la madre, pero ella era fuerte y estaba acostumbrada a muchos

contratiempos y dificultades. En estos momentos ayudó a soñar a sus pequeños.

— Si, hijos, veremos cosas bonitas, grandes plazas de mercado, fuentes y arroyos que no se secan en verano y que dan agua abundante todo el año y no tendremos que ir lejos a buscar agua para beber.

— Ah, qué men. No tendemos que bucar aua en otras fentes, ayá lejos… ni bucar mantiales ande otos que han metido antes el caldero, lo ensucien y nos peguen.

Decía el más mayorcito que tenía alrededor de cuatro años, pero que su lengua aún era de trapo. Ellos, que vivían en un barrio pobre, no gozaban de ninguna comodidad.

— Claro que sí, hijo, claro.

Oscurecía deprisa. Había llegado el final de la tarde cuando Anastasia con sus cuatro niños y su viejo asno, atravesó también la puerta sur. Remedios, contenta, salió a su encuentro de detrás del majuelo que la amparaba.

Las dos se alegraron de encontrarse y desahogaron mutuamente su miedo y preocupación. Al menos ya no estaban solas. Se harían mutua compañía.

— Debemos esperar a todas las demás. Si tenemos suerte, la mayoría de las familias de la cuadrilla saldrán también por esta puerta. Muchos vivimos en el barrio viejo y es posible que por aquí nos encontremos.

— Si. Esperemos aquí. —Y después añadió: ¡Niños! Quedaos detrás de las matas, ¡¡quietos!! —Podían atraer demasiado las miradas, pues al encontrarse, los niños empezaban a jugar y alborotar— No vayan a vernos los guardias y nos echen también de aquí.

— Estamos en tierra de nadie. ¿Por qué nos iban a despachar de suelo no amurallado?

Protestó Anastasia.

— Porque de ellos es todo. Lo que no es del Conde, es del marqués y lo que no, de su Majestad y si no del Señor de Valtierra, o del monasterio de los benedictinos o de quien quiera que sea.

Ten en cuenta que una vez que el Conde nos tiene entre ceja y ceja, estorbaremos allá donde estemos.

— Si, si, si. Tienes razón. —Reme se quedó unos momentos pensativa— Nuestros maridos nos encontrarán pronto y sabrán qué hacer.

Apostilló esperanzada.

— Ojalá, tengas razón. Yo sin Tomás, y cada una sin el suyo, no tenemos ningún futuro. Pero ¿cómo ponernos en contacto con ellos?

— Si. Tú echas de menos a Tomás, pero todas necesitamos de ellos. Sin maridos nos quedamos tan viudas y desamparadas como las que los tienen muertos.

— Al menos, que los guardias se compadezcan de Juana, parturienta como está; lo pasaría muy mal por los caminos en su estado tan avanzado. Pronto estará de parto. Y Piedad, la de Olorce, también. La pobre está más adelantada que Juana y lleva peor el embarazo. Tendrá dificultades para caminar y con cinco que tiene ya... mal a de aguantar sin un jergón donde reposar.

— Cierto. Pero los malditos guardias no tienen ninguna compasión alentados por las exigencias del Conde. Es un tirano cuando está enfurecido, y por lo que he escuchado, ahora lo está con Ismael.

— Si, por las buenas es un poderoso como cualquier otro, pero por las malas, nunca se sabe de lo que será capaz. Han comentado que algunos se han arrodillado ante los guardias diciendo que no estaban de acuerdo con el maestro y que ellos seguirán sumisos las órdenes de quien les mande. Esos sí que tendrán suerte y continuarán teniendo trabajo y viviendo en la ciudad.

— Pero, creo que sólo han escuchado a Antonio y a Moisés. Esos dos, siempre estuvieron dispuestos a arrimarse al sol que más calienta. Nunca fueron incondicionales de Ismael, ni de nadie. A los demás se les ha visto la intención y no han conseguido nada, solo el desprecio de todos a cambio de manteca

— No se les está mal. Andarán por su cuenta y no se atreverán a unirse a nosotros. Ya lo verás. Al final, terminaremos como gallinas espantadas.

En estos momentos vieron llegar a Fortunata con sus tres niños, uno de ellos prendido de la teta de su madre. Con ella venía Casilda, la esposa de Ismael. Todas se emocionaron por encontrarse y las cuatro hablaban a la vez.

— Menos mal. Ya somos cuatro. Pronto estaremos todas juntas.

— No te creas. Ha sido una casualidad venir por aquí.

— Hemos estado a punto de salir por la Puerta de los judíos.

— Algunas se han ido por allí. Me ha parecido oír voces en aquella dirección.

— A Ricardo le han echado a patadas cuando ha empezado a rogar al gendarme casi de rodillas y ha tenido que esconderse para que no lo azotaran. Me lo ha dicho una vecina. Nadie sabe dónde está. Pero después de verse desacreditado tampoco se acercará a nosotros.

— Con su alcahuetería será capaz de arroparse como si nada en la nueva cuadrilla.

— Toda la ciudad está enterada y será muy difícil esconderse. Siempre hay un correveidile que lleva el cuento…

— ¿Y que hará la Mercedes? ¿Sabes algo?

— Alguien la pondrá al corriente. La Eusebia me lo ha dicho a mí y otra se lo dirá a ella. Al final todos nos encontraremos.

— Si. A ver si es verdad y también que encontramos a nuestros maridos. Que no es nada fácil encontrarse por tantos caminos reales y sendas y senderos como hay en la campada.

— Bueno, si al menos estamos en grupo… Será más fácil defendernos de los bandidos. Callaos, chicos. No gritéis, que nos van a localizar. Viene un carromato.

Las mujeres estaban aterrorizadas. El rey Fernando VI había ordenado la expulsión de los gitanos de todos sus dominios con el objetivo de limpiar sus territorios de lo que él llamaba "raza inmunda". Por ello todo el pueblo estaba asustado y con miedo. Muchas personas, solo por tener aspecto moreno y curtido, habían sido también perseguidas como perros. Había quien decía, con los emisarios del rey, habían aprovechado la ocasión para deshacerse de aquellos con os que mantenían pleitos, querellas, malos quereres o enfrentamientos, por eso, también los que no

eran gitanos temían lo que se dio en llamar "*la gran redada*". Se llevaba a cabo sin escrúpulos ni reservas y contaba con él. Este disfrutaba de muy buena fama desde el reciente inicio de su reinado, pero, en el fondo, su gobierno despertaba terror y miedo, pues con la disculpa de la persecución de los gitanos, sus secuaces cometían graves injusticias contra todos aquellos que estorbaban. Esto hacía que las mujeres y los propios albañiles tuvieran miedo de ser vistos y horror a ser detenidos y empujados a huir con los carromatos de los perseguidos. Por otra parte, quienes caían en las mazmorras del castillo, morían de hambre la mayoría, de frio o humedades.

4
Algunos encuentros...

Durante los días siguientes, siguieron encontrándose otras madres con sus pequeños, desde recién nacidos hasta los ocho años, más o menos. A partir de temprana edad la mayoría de los niños ayudaban a la familia trabajando en lo que podían, los primogénitos normalmente aprendían el oficio de sus padres, por supuesto, faenando, primero para recados, traer y llevar y lo que surgía, después como aprendices, dentro del gremio; otros, los que no soñaban con un puesto heredado, se ganaban el pan como braceros de temporada para otras familias; jornaleros o pastores, de estos, la mayoría, no volvían a casa de sus padres nunca más. Esta era la razón por la que en el grupo solo hubiera niños muy pequeños y bebés.

De otras mujeres y hombres nunca más se supo.

Todas pensaban que era importante estar unidas, dado que, cada una por su cuenta sería muy difícil subsistir sin medios, pues todas sus reservas se cifraban en unas cabras, algunas gallinas que pudieron atrapar antes de salir de estampida de sus casas, y que transportaban dentro de talegas o incluso en jaulas, algunos quesos, salazones y tocino. Todo en pequeñas cantidades, pues la gran mayoría vivían al día. La economía no daba para reservas. La gente sencilla no conocía la abundancia, en cambio si

que había derroche en casa de los grandes hombres, en las que se consumían platos y platos en la mesa. En algunas familias poderosas, después de atiborrarse los señores, lo que sobraba, en vez de utilizarse para satisfacer el hambre de los criados, en su mayoría hambrientos, obligaban, bajo castigos severos, a echarlo a los cerdos que también serían algún día alimento para los amos. Algunos casos se daban, que los criados, por meterse a la boca un trozo de pan blanco o algún desperdicio de carne para matar el hambre, o saborear por curiosidad un manjar, fueron azotados delante del resto de los súbditos, hasta que vomitaban lo ingerido, de modo que el castigo sirviera de lección. La comida de los amos no estaba permitida a los siervos y criados y aprovechar un descuido para dar un pequeño alivio al escuálido estómago, se castigaba como el más aberrante delito.

El grupo de mujeres anduvo varios días a salto de mata. Cogían frutos del campo en la noche, para que durase más su escasa despensa, pero con mucho sigilo, cuando nadie podía verlas, a sabiendas de que si les sorprendían, el castigo sería despiadado.

— Ten cuidado Bibiana, que anda cerca el sereno, nos ha visto y nos tiene entre ceja y ceja. Vigila mucho nuestras andanzas. Conviene que ninguna de nosotras termine en el calabozo o pierda la mano derecha.

— En la huerta que queda a la orilla del arroyo puedes coger berzas y remolachas, pero ten mucho ojo, no caigas en la trampa. —decía otra— Además andan cerca los de "*la gran redada*", por lo qe dicen, por aquí han escapado varios carromatos atestados de gente morena, que según cuentan, tener que escapar les ha convertido en verdaderos asesinos.

— No temáis. Andaré presta, me arrastraré por el suelo y me pegaré a las paredes para que no pueda verme ningún alcahuete. Además yo no tengo ningún parecido a esos, no me confundirán.

— Tampoco Gertrudis era gitana ni lo parecía. Pero le había desairado a un guardia del Conde y nadie sabe dónde está. "Cualquier parecido es suficiente y si no le hay, se lo inventan por inquina".

— Madre, voy a coger unas cebollas. En la tierra junto al arroyo las hay buenas.

Dijo un pequeño.

— Vale, hijo, pero ándate con ojo. Es noche entrada, y cuando la luna está llena, se vuelve cotilla como la luz del sol. Delata cualquier movimiento. Además está el sereno que se cuida bien de levantar la candileja y dicen que es capaz de ver correr una comadreja en plena noche sin luna.

La bella Remedios, que era de las más jóvenes, flexible como vara de fresno, era la más indicada para pasar desapercibida entre los arbustos o arrastrarse por el suelo en caso de peligro. Ella podría conseguir algunas cosas para comer el grupo, de modo que llegada la noche, se dispersaban unos y otros para atrapar lo que podían.

— Cuidado. En el momento que echen en falta algo de sus huertos nos perseguirán, saben que hemos estado por aquí. Hay que patear y escarbar mucho el sembrado para que piensen que han sido los jabalíes.

Y paraban muy poco en cada sitio, guardando la distancia de los barrios extramuros y de los caminos reales. Eran astutas, siempre alejadas durante el día de las zonas donde había huertos para no dar que pensar y que la gente no desconfiara de ellas.

Las cuatro cabras daban leche suficiente para los niños y también para Juana, la esposa de Joaquín el picador, una de las últimas en unirse al grupo debido a su estado de gestación ya muy avanzado. Por ello era obsequiada con algunos cuidados especiales.

De Piedad nadie sabía nada.

— Igual ha conseguido refugiarse en casa de algún vecino o se ha puesto de parto y por compasión ha conseguido quedarse en su casa.

Argumentó Filomena.

— Difícil será. Los guardias no condescienden, ni usan de milongas, son bravucones y cuando los señores les dan autoridad, se toman la justicia por su mano muy gustosamente. La compasión no destaca entre sus modos, menos, cuando es el Conde quien les azuza en nuestra contra.

— Podría ser que Olorce hubiera encontrado alguna forma de pagar el favor…

— No lo creo, son pobres de solemnidad y con cinco niños y el que viene de camino… es difícil agasajar.

La burra de Fortunata transportaba unos talegos de harina y a ratos también a niños muy pequeños cuando por su corta edad se cansaban o dormían. Les colocaban lo mejor posible en huecos que quedaban en las alforjas y así, acurrucados, reposaban.

Llevaban varios días dando vueltas por las cercanías de la muralla, apartadas de los caminos, pero sin perderlos de vista por si por ellos transitaban sus maridos y las encontraban. Daban rodeos para escabullirse de los guardias y de los serenos. Tampco se dejaban ver en las ventas, temiendo que cualquier inquilino las denunciara. Cuando se habían alejado un poco más para guarecerse debajo de unos olmos viejos que quedaban cerca, los gritos de Juana paralizaron la caravana.

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Es la criatura, que quiere salir.

Y se sujetaba la barriga con muecas de dolor. Un fluido tibio corrió por sus piernas. Todas eran mujeres, con experiencia en estas cosas y para Juana era el tercero, lo cual también simplificaba las cosas, porque su cuerpo estaba ya acostumbrado y el camino abierto.

Colocaron los sobretodos y sobrefaldas en el suelo, anguarinas y mantas y pusieron los delantales encima para que no se mancharan estas prendas de abrigo y allí se colocó la parturienta. Los delantales se secaban bien y ya se lavarían en cualquier riachuelo.

— Apartaos. Id lejos, que aquí no pintáis nada. Ale, ale. No andéis por aquí merodeando que esto no es cosa de mocosos. — Dijo Casilda a los niños y ellos, respondieron gritando y corriendo lejos de allí.

— Ya. Ya nos vamos. Yaaaaa nos vaaamooooos.

Contestaron a coro. Y marcharon alocados hacia unos matorrales, como si de una jauría en desbandada se tratara. Enseguida empezaron a oírse gritos, nombres y cancioncillas lejanas que

acompañaban los juegos, mezclados con las quejas de dolor de Juana que aunque intentaba por todos los medios soportar los dolores en silencio, no lo conseguía.

Las contracciones aumentaban gradualmente. Mientras tanto, Fortunata y Anastasia hicieron una fogata. Cerca pasaba un arroyuelo y pusieron a calentar agua en una cazuela.

Juana, para no manchar tampoco los delantales, porque de ninguna manera quería ser ella una carga más en aquella difícil situación, pidió que acercaran dos piedras y, las colocaran, una a cada lado de su cuerpo.

— No tenía en mi casa una cama tan mullida… y yo voy a parir ahí manchando todo lo que tenemos de abrigo para pasar las noches. Aquí estaré bien.

Puesta en cuclillas, se apoyó con firmeza en las piedras.

Las demás comprendieron e hicieron como ella les dijo. Juana tenía razón. Todas habían parido a alguno de sus hijos en el campo, sin ayuda ni compañía. Las otras mujeres alrededor la sujetaban por la espalda. Todo fue rápido. Enseguida salió un varón fuerte y peludo. Anastasia, estaba presta y lo cogió antes de que la criatura llegara a caer en el suelo, e inmediatamente, después de un azote, el niño rompió a llorar con mucha energía.

— Tiene mucha vitalidad. Mira como llora sin apenas haberlo tocado.

— Es solo huesos y pellejitos, pero brioso.

Con los trapos que tenían preparados y con el agua caliente limpiaron al niño y a la madre. Cortaron y ataron bien el ombligo con un trozo de cuerda, y después de bien protegida con trapos, ahora si, acostaron a Juana sobre el abrigado lecho, y al niño en su regazo. Al poco rato el bebé se consolaba succionando leche del pecho de su madre.

Juana estuvo muy bien atendida como todas la decían:

— Entre tantas mujeres, no te vas a quejar.

— Si no me quejo. Estoy agradecida, ya lo sabéis. Pero siento ser un estorbo para vosotras. Sin mí, buscaríais y encontraríais más pronto a vuestros hombres.

La angustia atenazaba su garganta. Faltaba el cobijo de una casa, el calor de un hogar y la ayuda y protección de su esposo,

que nadie sabía dónde podía estar igual que el resto de hombres de la cuadrilla. Las penas compartidas se llevan mejor. Antes de haber pasado dos horas, Juana estaba caminando con las demás.

— Habrá que hacer un bautizo de necesidad. Agua tenemos. Dijo Anastasia. Fortunata preguntó por el santo del día y ninguna supo contestar. Era jueves, 14 de Abril, pero todas habían tenido que escapar deprisa y ninguna de ellas había pensado en coger un santoral, ni traído un mísero almanaque, menos recordaban qué santo se celebraba ese día. Desde luego no era un día importante en el calendario, de lo contrario, la obligación del precepto de ir a misa, las hubiera hecho recordar.

— Le pondremos Joaquín, como su padre.

Dijo una de las mujeres.

— No. Mi primogénito se ha adelantado y ya lleva su nombre. Aunque todos le llamemos Caqui. Su hermano, el que le sigue, cuando solo tenía media lengua empezó a llamarle así, y con ese nombre se ha quedado. Pero el nombre de pila es el de su padre.

Comentó Juana.

— Es verdad. Ya me había olvidado de eso.

— Mírale Juana, que cara más cándida tiene el chiquitín.

Añadió otra.

— Y ¿por qué no le ponemos Cándido? Le va bien el nombre con esa carita que tiene. Apostilló Casilda.

Todas estuvieron de acuerdo y la madre también y le pusieron por nombre Cándido. El crío tenía la carita tan inocente como todos los niños el día de su nacimiento, pero el comentario pareció acertado, aquél nombre le iba al niño de perlas. Como la situación no facilitaba llevarle a una iglesia a bautizar, las mujeres trajeron agua en una palangana para llevar a cabo un bautismo de necesidad. La madre bendijo el agua y con ella, también bendijo al pequeño, haciendo la señal de la cruz en la frente del infante como siempre había visto hacer en los bautizos:

— Desde ahora te llamarás Cándido, hijo de Joaquín y hasta que pueda bautizarte un clérigo en la iglesia, estás bautizado por necesidad.

Bautismo, que fue definitivo.